

EL SECRETO DE LA ORACIÓN RESPONDIDA

(1° REYES 18.41–46)

DAVID ROPER

Mucha gente cree que el día que Elías desafió y mató a los 450 profetas de Baal fue el día más grande de su vida. Hemos leído acerca de la confrontación que se llevó a cabo en el monte Carmelo. Hemos leído acerca del fuego que cayó y del pueblo que gritó, diciendo: «Jehová es el Dios», y de la muerte de los falsos profetas. Al final del evento, los cuerpos de los falsos profetas yacían en cadavéricos montones insepultos, sobre las márgenes del arroyo de Cisón, y el rey observaba, y es probable que los ojos se le querían salir de sus órbitas. Podríamos creer que el drama había llegado a su fin, y que el final del capítulo es tan solo un anexo a «la batalla de los dioses».

Pues no es así; la culminación todavía está por producirse. Analice 1° Reyes 18.1: «... vino palabra de Jehová a Elías en el tercer año, diciendo: *Ve, muéstrate a Acab, y yo haré llover sobre la faz de la tierra*» (énfasis nuestro). El tema del capítulo 18 no tiene que ver con otra cosa más que con lluvia. Para que Dios hiciera llover sobre la faz de la tierra, Elías tenía que mostrarse a Acab, para llevar a todo Israel al monte Carmelo, donde él pudiera producir una demostración de arrepentimiento nacional. Una vez que se lograra esto, podía cumplirse la promesa.

Como veremos, esa promesa se cumplió en respuesta a una oración. Son importantes lecciones sobre la oración las que pueden aprenderse de 1° Reyes 18.41–46, cuando estudiemos «El secreto de la oración respondida».

¿Qué contestaríamos si se nos pidiera nombrar un gran ejemplo de dedicación a la oración? Tal vez nombraríamos a Jesús o a Pablo. Si se nos limitara al Antiguo Testamento, tal vez nombraríamos a David. Sin embargo, Santiago, en su epístola, hizo una elección menos obvia.

Para apreciar la elección de Santiago, tenga presente dos verdades: 1) la breve epístola de

Santiago dice más acerca de la oración que cualquier otra epístola enviada a cristianos, y 2) Santiago mismo fue un hombre que se dedicó intensamente a la oración. La tradición dice que sus rodillas estaban endurecidas como las de un camello, de tanto tiempo que pasaba arrodillado en oración.

¿A quién eligió Santiago como ejemplo?

La oración eficaz del justo puede mucho. Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto (Santiago 5.16–18).

Santiago eligió a Elías como ejemplo. Note los eventos que eligió de la vida de Elías: no eligió la oración que levantó a un hijo muerto, ni la oración que hizo caer fuego, sino la oración que hizo cesar la lluvia y la oración que la reanudó nuevamente.

Estudiemos 1° Reyes 18.41–46 junto con Santiago 5.16–18, para descubrir «el secreto de la oración respondida».

UNA PODEROSA ORACIÓN

Repasemos el relato. Hemos visto cómo Elías se ocultó de los hombres y se enfrentó a los hombres. Ahora observémoslo comunicándose con Dios.

«Entonces Elías dijo a Acab: *Sube, come y bebe*» (1° Reyes 18.41a). Acab, aparentemente estaba con Elías y los profetas de Baal junto al arroyo de Cisón, al pie del monte. Es probable que no hubiera comido en todo el día. Esto es lo que Elías estaba diciendo: «Sube y restaura tus fuerzas».

Contrasta con la manera como trató a los profetas de Baal. Puede que objetemos, diciendo: «¡No es justo! Este hombre es el responsable, pues él se casó con Jezabel, y esta fue la que trajo a los profetas de Baal. Ahora esos falsos profetas son muertos, ¡y Acab es invitado a cenar!».

Es necesario que consideremos este punto: Por todo el Antiguo Testamento, se recalca el respeto que se debe al dirigente ungido de Dios (David respetó a Saúl porque este era «el ungido de Jehová», 1º Samuel 24.10; etc.). Aun si el hombre en sí no era lo que debía ser, el puesto que ocupaba era constituido por Dios, de modo que se respetaba el puesto. El equivalente neotestamentario es que debemos respetar a nuestros oficiales debidamente elegidos, no porque sean perfectos, sino por el puesto que ocupan (Romanos 13.1ss).

Elías continuó diciendo: «... porque una lluvia grande se oye» (vers.º 41b). No era este un sonido físico. No había una sola nube en el cielo (note el vers.º 43). Había sido con los oídos de la fe que Elías oyó. Dios había dicho: «Ve, muéstrate a Acab, y yo haré llover sobre la faz de la tierra» (vers.º 1). Elías había cumplido la condición señalada por Dios. Era hora de que la lluvia llegara, y Elías creía que llegaría.

«Acab subió a comer y a beber. Y Elías subió a la cumbre del Carmelo» (vers.º 42a). Ambos subieron el monte, y Elías subió más alto. No obstante, note el contraste en las razones para subir: Acab subió a comer y a beber, mientras que Elías subió a orar. «... y postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas» (vers.º 42b). Elías se puso de rodillas y se inclinó hacia delante, postrándose delante de su Dios. En el relato no se usa la palabra «orar», ni se nos dice qué dijo Elías. Del contexto se desprende obviamente que él oró, y Santiago afirma que lo hizo (Santiago 5).

Si hubiera sido yo, habría subido a descansar. Habría dicho: «Es tarde. Ha sido un arduo día. Creo que me prepararé para ir a dormir». Habría subido a prepararme para el desfile triunfal de la mañana. Elías, no obstante, subió a orar. A veces cantamos diciendo: «De pie sobre las promesas»; Elías, en cambio, estaba de rodillas sobre las promesas.

«Y dijo a su criado: Sube ahora, y mira hacia el mar» (vers.º 43a). Esta es la primera vez que leemos acerca de que Elías tuviera criado. Se nos dará un vislumbre de él en el siguiente capítulo, y después de ello no vuelve a mencionarse en el relato. Existe una tradicional creencia judía, y la menciono por el valor que pueda tener, una creencia en el sentido de que este es el hijo de la viuda de Sarepta, a quien Elías salvó de la muerte.¹ Quien sea, lo cierto es que Elías le dijo: «Sube ahora, y mira hacia el mar». Desde el lugar donde tradicionalmente se cree que

¹ Vea notas sobre la lección cuatro. Aunque es poco probable que este sea Jonás, es posible que fuera el hijo de la viuda de Sarepta. Otra posibilidad es que después que Elías habló bondadosamente a Acab, este le asignara un criado.

oró Elías, solo había que subir unos doce a dieciocho metros, hasta una parte alta donde el siervo habría tenido una excelente vista del Mediterráneo.

«Y él subió, y miró, y dijo: No hay nada. Y él le volvió a decir: Vuelve siete veces» (vers.º 43b). Elías no era un entrenador de esos que llevan cuenta de las vueltas que dan sus reclutas. No se habría puesto a decir: «Ya va una. Ya van dos. Ya van tres». Antes, se habría producido una secuencia de eventos. Después que Elías oró, dijo al siervo: «Ve, y comprueba». El siervo fue y volvió diciendo: «No hay nada». Elías oró un poco más y luego dijo: «Comprueba una segunda vez». El criado fue, y volvió, diciendo: «Todavía no hay nada». De este modo fue la tercera vez, la cuarta, la quinta, la sexta y hasta la séptima vez.

«A la séptima vez dijo: Yo veo una pequeña nube como la palma de la mano de un hombre, que sube del mar» (vers.º 44a). Solo era una nube, pequeña como la mano de un hombre, pero era suficiente para Elías.

Elías dijo: «Ve, y di a Acab: Unce tu carro y descende, para que la lluvia no te ataje» (vers.º 44b). No tengo idea de los preparativos que tuvieron que hacerse. Hay quienes han insinuado que Acab tenía que ponerle ruedas para la lluvia a su carro, o que debía subirle la capota a su convertible. Es probable que debía empacar. Le era necesario salir antes que el valle de Cisón se convirtiera en un fangal y el camino a Jezreel se volviera intransitable.²

«Y aconteció, estando en esto, que los cielos se oscurecieron con nubes y viento, y hubo una gran lluvia» (vers.º 45). Esta lluvia no fue simplemente un chubasco de esos que dan risa, y que a veces se nos presentan después de un largo período de ausencia de lluvias, chubascos que ni siquiera aplacan el polvo, sino que fue un aguacero de esos que abren hondonadas, o como los llamen en el lugar donde usted vive.

«Y subiendo Acab, vino a Jezreel» (vers.º 45b). Jezreel se encontraba a unos 22 ó 30 kilómetros. Samaria era la capital de Israel, pero el rey también tenía un palacio en Jezreel, y Acab se dirigió allí.³

«Y la mano de Jehová estuvo sobre Elías, el cual ciñó sus lomos, y corrió delante de Acab hasta llegar a Jezreel» (vers.º 46). Elías recogió su larga túnica y se anudó el ruedo de ella a su cinto, de modo que pudiera estirar sus piernas. Acab le llevaba ventaja, pero Elías le pasó por el carril externo. ¡Qué día!

² El carro de Sisara se atascó en el lodo en Cisón (Jueces 4.15; 5.21).

³ 1º Reyes 21.1.

¡Qué maravillosa respuesta recibió la oración de Elías! Note tres resultados de esta oración respondida:

En primer lugar, fue de bendición para todo el país. Fue «una *gran* lluvia», exactamente lo que se necesitaba para llenar los estanques y los lagos, para hacer que el agua volviera a correr por los arroyos y los ríos, y para hacer subir el nivel del agua de la tierra. «... y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto» (Santiago 5.18).

En segundo lugar, fue de bendición para Elías. ¿Cómo pudo Elías correr delante del carro? Había sido un largo y agotador día. Es probable que Elías no hubiera comido del todo. En el versículo 46 se lee que «la mano de Jehová estuvo sobre» él. La oración puede hacer eso. Bendice al que ora, aun cuando la oración haya sido para otro.

En tercer lugar, tenía el potencial de bendecir a Acab, y, por medio de este, a todo el país. Recuerde, a Acab se le perdonó la vida. Había visto todo lo que había ocurrido. Se le dio otra oportunidad de comenzar a actuar como el ungido de Dios y de hacer que el país se restaurara.

Póngase usted un momento en el lugar de Acab. Usted se encuentra en su carro, va de vuelta a Jezreel. La noche esta casi encima. El cielo está negro de nubes. Apenas puede ver. Lluve a cántaros, y sus vestidos reales están cada vez más empapados. La lluvia fría que le golpea el rostro lo obliga a enfrentar la realidad. Hace un repaso mental de todo lo sucedido: Este fulano de apariencia salvaje apareció de la nada, le dijo que no volvería a llover a partir de la fecha que él dijera. Luego desapareció de la faz de la tierra, y en efecto no llovió durante tres años y medio. Después volvió a aparecer y dijo que todo el mundo se reuniera en el monte Carmelo. Y sucedió algo que nunca en su vida ha visto: Hubo fuego caído del cielo, la gente gritaba, y fueron muertos 450 profetas de Baal. Ahora se pregunta: «¿Qué debo hacer?».

Justo cuando pensaba en estas cosas, oye un chapoteo detrás de usted. De repente, de las tinieblas sale este engendro de apariencia salvaje, al que le bajan chorros de agua por su cabellera, y que avanza dando grandes zancadas. Al pasar a su lado, le sonrío abiertamente, y desaparece delante de usted, engullido otra vez por las tinieblas; ¡y eso, que su carro es tirado por su mejor corcel!

¡Ahora se puede imaginar usted todo el desconcierto que esto le puede haber producido a Acab!

Elías corrió hasta las puertas de Jezreel y esperó a ver qué sucedería. Él ciertamente tenía todas las razones para creer que el país se restauraría ahora. Por el poder del Todopoderoso Dios, él había dado

un golpe mortal al baalismo.

¿Qué nos enseña este relato? Santiago nos dice que esto nos enseña que en la oración hay *poder*, que Dios responde la oración: «La oración eficaz del justo puede *mucho*» (Santiago 5.16b; énfasis nuestro). Note estas tres poderosas palabras: La oración es «eficaz»; la oración «puede» y la oración puede «mucho». Santiago proporciona la prueba del poder de la oración en los dos versículos que siguen:

Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto (Santiago 5.17–18).

Dios respondió la oración de Elías, y (por implicación) Él responderá la suya y la nuestra. Necesitamos aprender esta lección, *y* necesitamos enseñarla a nuestros hijos.

Un hombre que deseaba enseñar a sus hijos acerca de la oración, comenzó un proceso que se recomienda fuertemente a todo padre de familia. Cuando su primer hijo nació, él y su esposa compraron un cuadernito. En una de las caras de cada hoja, ellos escribieron: «Nosotros pedimos», y en la otra: «Él responde». Durante los cultos familiares que llevaron a cabo con sus hijos con el correr de los años, ellos anotaron peticiones de oración bajo el encabezado «Nosotros pedimos». Cuando recibían una respuesta a una oración, ellos la consignaban bajo el encabezado «Él responde». Recalcaban a sus hijos que Dios puede responder las oraciones con un «Sí», con un «No», o con un «Espera un poquito».

Siempre es emocionante, tal como en el caso de Elías, cuando Dios responde la oración con un indiscutible «Sí». El hombre del cuaderno dio un ejemplo de un «Sí». Contó acerca de un padre que vendió su negocio con pérdida, para trabajar a tiempo completo para el Señor. No les estaba yendo bien en lo económico. Una noche, en el culto familiar, Timmy, el menor de cuatro muchachos, preguntó:

—Papi, ¿crees que habría problema con Dios si le pidiera una camisa?

—Por supuesto que no, —respondió el padre.

Entonces anotaron en el cuadernito de oraciones: «Camisa para Timmy». La madre, práctica como toda madre, añadió a la anotación: «Tamaño siete». Todas las noches, Timmy se aseguró de que en la oración se pidiera la camisa. Oraron pidiendo la prenda, todas las noches durante varias semanas.

Un día, la madre recibió una llamada de un comerciante cristiano que era dueño de una tienda por departamentos del centro de Dallas.

—Acabo de terminar la venta de liquidación

del mes de julio. Como sé que tienes cuatro hijos, se me ocurrió que tengo algo que te podría servir. ¿Te sirven algunas camisas para muchachos? —dijo el comerciante.

—¿Qué tamaño? —preguntó la madre.

—Tamaño siete —dijo él.

—¿Cuántas tienes? —preguntó ella.

—Tengo doce de ellas —respondió el comerciante.

Esa noche, se reunieron nuevamente para la oración.

—Que no se nos olvide pedirle a Dios la camisa —dijo Timmy como de costumbre.

La madre abrió el cuaderno, sonrió y escribió «Sí».

—Timmy, no tenemos que pedir la camisa, porque el Señor ha respondido tu oración —dijo ella.

—¿De veras? —preguntó el chico.

—Sí —contestó su madre.

Uno de los hermanos salió de la habitación y volvió trayendo una camisa que puso sobre la mesa. Los ojos de Timmy se abrieron desmesuradamente. El hermano salió otra vez y volvió trayendo otra camisa, y se mantuvo saliendo y volviendo, saliendo y volviendo, hasta que las doce camisas formaron un montón sobre la mesa. Timmy creyó que Dios se había dedicado al negocios de las camisas. No iba a haber manera de convencer a aquel jovencito de que en el cielo no hay un Dios, y de que a ese Dios no le interesan las necesidades de un muchacho.

Dios no siempre responde con un «Sí» a nuestras oraciones. La siguiente oración pronunciada por Elías, que se consigna, fue respondida con un «No». Es importante que entendamos —y que nuestros hijos entiendan— que un «No» también es una respuesta como lo es un «Sí». El hombre que recomendó el cuaderno de oraciones, también dio un ejemplo de una oración que Dios respondió con un «No». Él y su esposa pidieron más hijos. Todo indicaba que Dios iba a responder con un «Sí», hasta el momento de nacer el niño. Pero este nació muerto. El padre llegó a casa y encontró a sus cuatro hijos junto la puerta.

—¡Papi! ¿Qué es? ¿varón o mujer?

El padre los llevó a la sala, tomó el cuadernito, lo abrió y escribió en él un «No». Más adelante, comentó diciendo: «Uno comunica mucho más por medio de una experiencia como esta, que por medio de una veintena de sermones sobre el tema de la oración».

EL SECRETO DE LA ORACIÓN RESPONDIDA

Volvamos a *las razones* por las que fue res-

pondida la oración de Elías; el tema de esta lección es «El secreto de la oración respondida». Más adelante, lo reduciremos a un solo asunto. Antes de llegar a ello, sin embargo, notemos tres características de este hombre cuyas oraciones eran tan poderosas:

En primer lugar, era un hombre de fe. Santiago dice: «... pida con fe» (Santiago 1.6). Dios había prometido lluvia, y en el corazón de Elías no había duda de ello. Él podía decir: «... una lluvia grande se oye» (vers.º 41). Esto nos recuerda a Jesús, que oró *antes* que Lázaro fuera resucitado, diciendo: «Padre, gracias te doy por *haberme oído*» (Juan 11.41).

En segundo lugar, era un hombre que confiaba en Dios. Considere esto: Dios le había prometido lluvia. Con el oído de la fe, Elías oyó el sonido de la lluvia. Si así era, ¿por qué tuvo que orar Elías? También podríamos preguntar: «¿Por qué pedir por el pan nuestro de cada día, cuando Dios nos ha prometido las necesidades de la vida?» (Mateo 6.33). O, «¿por qué pedir perdón cuando nos arrepentimos de nuestros pecados, si Dios ha prometido perdonarnos?». La respuesta es esta: Dios *quería* que Elías orara —para grabarle en su corazón que la lluvia era una bendición dada por Él— y Elías era la clase de hombre que encajaba en ese plan. Asimismo, Dios desea grabar en nuestros corazones que todas las bendiciones provienen de Él; que debemos confiar en Él.

He aquí unas palabras que merecen ser escritas en la guarda de su Biblia: «Cuando yo trato, fracaso. Cuando yo confío, *Él* triunfa».

En tercer lugar, era un hombre que se tomaba el tiempo para hablar con Dios. Era un día ajetreado, pero aun así Elías se tomó el tiempo para hablar con su Dios. Considere el primer capítulo de Marcos. Solo son cincuenta y dos días de la vida del Señor los que se consignan, y en Marcos 1 se consigna uno de los más ajetreados. El día estuvo lleno de enseñanzas, prédicas, sanidades y otros milagros. Note el epílogo en el versículo 35: «Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba». Jesús debía de estar exhausto, pero aun así se tomó el tiempo para orar.

Debemos tomarnos el tiempo para orar. Una madre que tiene una numerosa familia, se refugia en su ropero de cámara, para orar, y esto hace cada vez que tiene necesidad de retirarse para pasar un rato con Dios.

En cuarto lugar, era un hombre humilde. Este era el hombre que acababa de pedir que cayera fuego del cielo, que había influido en millares; sin embargo, no había en él vestigio de orgullo. Antes, lo hallamos sobre sus rodillas con su cabeza

inclinada, en una actitud de total humillación delante del Dios del universo. «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes» (Santiago 4.6). El salmista escribió: «El deseo de los humildes oíste, oh Jehová» (Salmos 10.17).

En quinto lugar, era un hombre que pensaba en los demás; era desinteresado. No oraba por sí mismo, sino por un país que padecía. No oraba por sus cultivos, sus animales, su familia, sino, en efecto, por los cultivos, los animales, la familia de otros. Santiago advierte: «Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites» (4.3).

En sexto lugar, era un hombre ferviente en oración. En la KJV se lee: «La oración *ferviente* del justo puede mucho» (Santiago 5.16; énfasis nuestro). Santiago nos da un detalle acerca de la oración de Elías, diciendo que este «oró *fervientemente*» (5.17; énfasis nuestro). El griego dice literalmente: «oró con oración». Este es un hebraísmo que indica intensidad. Nosotros oramos con palabras, con frases favoritas, con ritualismo. Elías, en cambio, oró «con oración». ¡Él en realidad oró! Pablo usó la misma expresión. En Efesios 6.18, se lee: «orando... con toda oración».

En séptimo lugar, era un hombre que perseveraba en la oración. Elías oró siete veces pidiendo que lloviera. Anteriormente, solo oró tres veces, y un muchacho fue levantado de entre los muertos. Solo tuvo que orar una vez, y cayó fuego del cielo. En esta ocasión, sin embargo, oró una vez, y nada sucedió. Oró tres veces —las veces que se necesitaron para levantar al muerto— ¡y nada sucedió! Yo me hubiera desanimado, diciendo: «Creo que Dios está diciendo que la respuesta es un “No” esta vez». Pero Elías no se desanimó, sino que fue perseverante, y su oración fue respondida. Jesús animó a Sus discípulos a ser perseverantes. Una vez les refirió una parábola para ilustrarles «la necesidad de orar siempre, y no desmayar» (Lucas 18.1). Pablo dijo: «Perseverad en la oración» (Colosenses 4.2).

Tenga presente todo lo anterior a medida que notamos ahora «el secreto» de la oración respondida.

El secreto *no* radica en los tres aspectos por los que algunos nos preocupamos: extensión, vocabulario y voz fuerte. Algunos no oramos porque nos parece que la oración debe ser larga (extensión). Otros no oramos porque nos parece que no conocemos las palabras que otros usan (vocabulario). Y aún otros no oramos, porque nos parece que oramos tímidamente, y los demás no nos van a oír (voz fuerte).

No es así, «el secreto» no está en los anteriores aspectos. ¿En qué radica el secreto? Note una vez más la aseveración de Santiago: «La oración eficaz del *justo* puede *mucho*» (5.16; énfasis nuestro). «El

secreto» (y uso la expresión con cierta ironía) radica en ser «justo». «El secreto» radica en *una buena relación con Dios*.

Es provechoso estudiar los requisitos de una oración aceptable. Todo lo que podamos aprender acerca de este tema tan vital es importante, pero la clave para una extraordinaria vida de oración consiste en ser la clase de personas que debemos ser. Lo fundamental es ser «justo». ¡Lo que necesitamos es alcanzar justicia y mantenernos dentro de esa justicia delante de nuestro Dios!

Cuando consideramos a Elías como un hombre de oración —y especialmente cuando recordamos los espectaculares resultados de sus oraciones— puede que creamos que jamás llegaremos a vivir una vida de oración como la de él. Una vez más note lo que dice Santiago cuando presenta a Elías como un hombre cuyas oraciones eran poderosas. Santiago no dice que Elías era un gran profeta de Dios, ni que Elías era un poderoso hacedor de milagros. Antes, dice que él «era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras» (Santiago 5.17). Si Elías se diera un baño, se afeitara, se hiciera un corte de cabello, y se pusiera un traje nuevo, él podría sentarse en una banca de la iglesia el domingo por la mañana, y no podríamos distinguirlo de los demás.

¿Por qué eran respondidas sus oraciones? No era por alguna cualidad peculiar que él tuviera y que nosotros jamás podríamos tener. Antes, se debió a que era la clase de persona que debía ser.

Elías lo expresó con estas palabras: «estoy en la presencia de Dios» (vea 1° Reyes 17.1; 18.15). Él siempre estaba en la presencia de Dios. Cuando él oraba, la actividad no consistía en dar varios pasos que lo llevarían a vivir exitosamente en una atmósfera de oración, ni en cumplir con quince requisitos para que sus oraciones fueran aceptables. Antes, lo que él hacía era hablar con su Dios, con Aquel a quien le había consagrado su vida.

Dios respondía sus oraciones.

CONCLUSIÓN

¿Cómo describe usted su relación con Dios? ¿Cómo describo yo la mía? ¿Podemos realmente orar, diciendo: «Padre nuestro que estás en los cielos»? (Mateo 6.9). La gente repite la oración conocida como el Padrenuestro y dicen tales palabras, pero ¿tenemos *derecho* a decir: «Padre nuestro...»? La Biblia enseña que si no hemos sido bautizados siendo creyentes arrepentidos, no somos hijos de Dios (Juan 3.3–5; Gálatas 3.26–27).

La gente a veces dice: «No deseo comprometerme a todo lo que un cristiano debe ser y

hacer». Cuando hablan así, están poniendo en peligro sus almas por la eternidad. Pero no solo esto, sino que también, como resultado inmediato, se están aislando de Dios. Considere todos los problemas que hay en el mundo. ¿No sería terrible no contar con Dios, a quien recurrir, cuando sobrevienen los problemas?

Por otro lado, si usted ya ha sido bautizado, ¿cómo describe su relación con Dios, como hijo de Él que es? ¿Es usted un hijo fiel? A veces citamos Juan 9.31, «sabemos que Dios no oye a los pecadores», y lo aplicamos a personas no convertidas; sin embargo, es una frase que se refiere a hijos de Dios que no son fieles. No hay duda de que el ciego se estaba basando en pasajes antiguotestamentarios como Salmos 66.18: «Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado». Una vez más lo digo: ¡qué trágico es no poder recurrir a Dios! Sin embargo, es algo que uno no podrá hacer si no endereza sus pasos para ser justo delante de Él.

«El secreto» de la oración respondida radica en ser «justo», sea usted, varón, mujer, muchacho o muchacha. ¡Alcance la «justicia» delante de Dios y descubra el secreto de la oración respondida!

NOTAS DE MEDIOS VISUALES

La frase «El secreto de la oración respondida» es un acertijo que se usa en toda la lección, hasta que al final se revela «el secreto». Elabore un rótulo de cartulina, con las palabras: «EL SECRETO DE LA ORACIÓN RESPONDIDA». Levante el rótulo de vez en cuando a la vez que promete que al final revelará «el secreto». En el momento apropiado, dé vuelta al rótulo. En el reverso está «el secreto»: «SEA JUSTO».

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

INTRODUCCIÓN

- A. La mayoría de las personas creen que el día que Elías desafió a los 450 profetas de Baal, fue el día más grande de su vida. El apogeo, no obstante, todavía había de alcanzarse (note 18.1).
 - B. Deseamos estudiar esta parte del capítulo 18 bajo el encabezado: «El secreto de la oración respondida».
 1. ¿En quiénes piensa usted cuando considera a grandes ejemplos de entrega a la oración?
 2. Santiago eligió a Elías (Santiago 5.16b–18; vea Apocalipsis 11.6).
- I. UNA PODEROSA ORACIÓN
- A. Dios responde la oración de Elías.

1. Hemos visto a Elías ocultándose de los hombres, y luego confrontando a los hombres; ahora veámoslo comunicándose con Dios.
 - a. Le dice a Acab: «Sube» (1° Reyes 18.41a). Por todo el Antiguo Testamento, se manifiesta respeto por el ungido de Dios.
 - b. «... porque una lluvia grande se oye» (vers.º 41b). Elías oye con los oídos de la fe.
 - c. Tanto Acab como Elías suben (vers.º 42b), pero lo hacen con propósitos diferentes.
 - d. Elías comienza a orar (vers.º 42b). No se usa la palabra «orar», pero Santiago confirma que esto fue lo que Elías hizo (Santiago 5.17–18).
 - e. Elías pide a su criado (¿el hijo de la viuda de Sarepta?) que verifique (vers.º 43a).
 - f. Al comienzo no sucede nada (vers.º 43b).
2. La oración es respondida.
 - a. Aparece una pequeña nube (vers.º 44a). Esto es suficiente para Elías. Le dice a Acab que prepare su carro (vers.º 44b). En efecto, hay una «gran lluvia» (vers.º 45a).
 - b. La oración de Elías fue respondida maravillosamente.
 - (1) Todo el país fue bendecido. Santiago dijo: «la tierra produjo su fruto».
 - (2) Elías fue bendecido. Note los versículos 45b y 46. ¿De dónde obtuvo Elías esa energía? «La mano de *Jehová* estuvo sobre Elías».
 - (3) Había potencial de bendición para Acab y, por medio de este, para la totalidad del país.
 - c. Elías corre hasta las puertas de Jezreel y espera a ver qué sucede.
- B. ¿Qué significa este relato para nosotros?
 1. Este relato dice que en la oración hay poder, dice que Dios responde la oración. Volviendo a Santiago 5, notemos:
 - a. tres poderosas palabras del versículo 16:
 - (1) «eficaz»
 - (2) «puede»
 - (3) «puede mucho»
 - b. Santiago da prueba de lo anterior en los versículos 17 y 18.
 - (1) Dios respondió la oración de Elías.
 - (2) Dios responderá sus oraciones.

2. ¡Necesitamos aprender esta lección y enseñarla a nuestros hijos!

II. EL SECRETO DE LA ORACIÓN RESPONDIDA

A. Antes de notar ese gran «secreto» de la oración respondida, notemos las características de un hombre cuyas oraciones fueron poderosas.

1. Era un hombre *de fe* (Santiago 1.6).
2. Era un hombre *que confiaba en Dios*.
3. Era un hombre *que se tomaba el tiempo para hablar con Dios*.
4. Era un hombre *humilde*.
5. Era un hombre *que pensaba en los demás*.
6. Era un hombre *fervente en oración*.
7. Era un hombre *perseverante en oración*.

B. Habiendo notado los anteriores antecedentes, estamos preparados para conocer el secreto de la oración respondida.

1. Hay quienes creen que el secreto radica en los siguientes tres aspectos:
 - a. Extensión
 - b. Vocabulario

c. Voz fuerte

2. Santiago dice que el «secreto» radica en una buena relación con Dios: «... la oración eficaz del *justo* puede mucho».

a. Necesitamos alcanzar justicia delante de Dios.

b. Puede que creamos que jamás vamos a vivir una vida de oración como la de Elías; sin embargo, él «era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras». Sus oraciones eran respondidas no porque él fuera perfecto, sino porque él «estaba en la presencia de Dios» (1° Reyes 17.1). Nosotros también podemos hacer lo mismo.

CONCLUSIÓN

A. ¿Cómo describe usted su relación con Dios?

1. ¿Tenemos derecho a decir «Padre»? (Gálatas 3.26–27; Juan 3.3–5.)

2. Si ya somos hijos de Dios, ¿somos hijos *fieles*? (Juan 3.31; Salmos 66.18.)

B. Permítanos ayudarle.